

DIGNIDAD Y FUNCION DE LA MUJER EN LA IGLESIA Y EN LA SOCIEDAD

JUTTA BURGGRAF

Ya el Papa Juan XXIII destacaba, como una de las características principales de nuestro tiempo, «el ingreso de la mujer en la vida social, que es quizás más rápido en la sociedad cristiana y más lento y progresivo en otros pueblos de diferente tradición y cultura...»¹. La mujer de hoy está cada vez menos excluida de la educación y es ella misma la responsable de sus decisiones. Ya nadie podría afirmar que es menos dueña de sí misma, por estar dominada por sus defectos y su naturaleza sentimental. Hoy día se le ofrece a la mujer, en mayor medida que en otras épocas, la posibilidad de tener una vida segura y un trabajo profesional, y generalmente dispone de libre acceso a los cargos públicos y a la vida política. Parece que la pobre estima en que se ha tenido a la mujer durante milenios ya no persiste.

Pero es necesario preguntarse si el aparente avance obtenido se inserta realmente dentro de un progreso de la sociedad que conduce hacia la mayor dignidad de la mujer. El cine, el espectáculo, la poesía y también las artes figurativas reflejan algo diferente: los periódicos y los medios de comunicación social revelan, a quienes los observan atentamente, una amenaza de humillación hacia la mujer más grave que las que hayan podido producirse a causa de injusticias políticas y sociales. Por una parte, se proclaman insistentemente sus derechos fundamentales y por otra se atenta contra su dignidad de ser humano. La aparente revalorización de la mujer va ligada a una visión despreciativa de corte pagano.

Esta doble actitud resulta comprensible en vista de la pérdida de fe característica de nuestro tiempo. Peter Ketter hace a este respecto una observación muy atinada: «Toda cultura se convierte cada vez

1. JUAN XXIII: Enc. *Pacem in terris* (1963), n. 41.

en mayor medida en enemiga de la mujer, cuando más se desliga del vínculo con lo eterno y lo divino»².

Los cambios sociales no pueden resultar realmente liberadores para la mujer si no son sustentados por un progreso espiritual paralelo. Sólo si estamos dispuestos a aceptar a la mujer en su calidad de persona podemos establecer y reconocer propiamente su dignidad, y esto se produce al considerarla en su relación radical y directa con Dios Creador.

Dios creó al hombre, varón y mujer, a su imagen y semejanza³. Ambos tienen la misma naturaleza y gozan de una libertad intangible y de suma dignidad; su misión común es ser «iguales a Dios» y mostrar esta semejanza en su vida.

La antropología cristiana ha defendido siempre la común dignidad y la igualdad entre los sexos. Sin embargo, esto no significa que haya acogido nunca un ideal igualitario. El hombre y la mujer poseen ciertamente igual valor en su naturaleza, pero dicha naturaleza se ha forjado de forma diferente para uno y otra.

La mujer es un ser humano en la forma peculiar que corresponde a una mujer. No es menos ser humano que el hombre, pero es un ser humano según su modo propio.

La sexualidad no es para ella una condición que podría no existir. Al contrario, para la mujer la sexualidad es una realidad que envuelve su ser y su comportamiento de manera radical, y que corresponde a una determinación del Creador. De sus propiedades físicas y psíquicas se puede deducir cuál es y cómo es la vocación femenina.

Es propio de la mujer tener, conforme a la dignidad que le corresponde por creación, una misión y una tarea diferentes a la de los hombres. Dios ha querido que su misión sea la de compañera y «ayuda» del hombre⁴. Por la palabra «ayuda» se entiende que la mujer debe ayudar al hombre a ser él mismo de forma completa. Desde el momento en que la misma naturaleza lo ha querido así, los dos sexos deben complementarse recíprocamente y cada uno de ellos, en su papel específico, es superior al otro. Tanto el hombre como la mujer poseen ciertas cualidades espirituales, peculiares para cada uno. Pero quien se examina con sinceridad, ya sea hombre o mujer, nota los límites de su propia naturaleza y las carencias que se derivan de ellos.

2. PETER KETTER: *Christus und die Frauen*, 1. band: *Die Frauen in den Evangelien*, Stuttgart 1948, p. 5.

3. Cfr. Gen 1,27.

4. Cfr. Gen 2,4-25.

El hombre puede estar orgulloso de tener normalmente una forma de pensar más sobria y una manera de juzgar más realista que la mujer. Pero, muchas veces, el racionalismo excesivo le lleva a actuar sin corazón y a un obstinado formalismo. La mujer, en cambio, se deja guiar por la sensibilidad y por su intuición. Pero, ¡cuántas veces le conducen a la confusión o a la injusticia! Así, la naturaleza del hombre y la de la mujer necesitan el apoyo del otro sexo para lograr la armonía y el equilibrio de la persona humana⁵.

La diferencia entre el hombre y la mujer se podría demostrar de muchas formas distintas recorriendo la historia de la cultura, pero en cualquier caso se volvería a confirmar siempre que la mujer es complementaria del hombre. Es realmente su «ayuda», entendiendo este concepto también en un segundo y más profundo sentido.

Corresponde a la mujer la tarea de dar a luz, guiar y cuidar la vida; esto es, vidas concretas de personas únicas e irrepetibles, con sus diversas necesidades.

Cada hombre, al comienzo de su existencia, es un niño que necesita de todo; estaría perdido si en el mundo no existiera la mujer, en el sentido de madre, esposa y compañera que le ayuda a orientarse en la inmensa realidad en que se encuentra. La mujer tiene una actitud especial que la lleva a prestar ayuda a la nueva vida concreta para que se desarrolle completamente. La vida de cada uno de nosotros no es sólo el objeto y el resultado de amplios proyectos sociales; sino que más bien es la resultante del continuo entrecruzamiento y desarrollo de mil cosas pequeñas; si no aprendemos a resolverlas, nunca seremos capaces de hacer nada importante. Aquí se muestra la vocación específica de la mujer: tiene la tarea de encarnar en sí la atención particular que el mismo Dios manifiesta, al estar pendiente en cada instante de cada hombre.

La mujer tiene una inclinación específica hacia las personas, consideradas individualmente, mientras que el hombre se orienta más hacia la comunidad: él se interesa más por el bien común y el cuidado del orden establecido; sin esto, con el paso del tiempo, acabarían por faltar las condiciones necesarias para la vida. En consecuencia, también el hombre es útil para la vida, con la misma responsabilidad que la mujer, pero colocándose a una distancia diferente respecto a la vida⁶,

5. Cfr. PETER KETTER, *o.c.*, p. 76.

6. Cfr. JOHANNES BETZ: *Vom Charisma der Frau in der Kirche*, en: *Deutsche Tagespost* n. 25 (28.2.1984), p. 5.

lo que también encuentra su expresión en la vida matrimonial y familiar.

En la relación entre los dos sexos se entrevé el orden orgánico del cosmos. En la perspectiva de lo temporal, está vigente la distinción de las funciones entre hombre y mujer en el ámbito familiar; es decir, el principio según el cual las actividades de la mujer deben quedar, en cierto modo «subordinadas» a las del marido. Sin embargo, esta «subordinación» no debe entenderse en sentido absoluto, ya que la mujer no ha sido creada para el hombre sino para Dios. Aunque, en el seno del núcleo familiar se atribuye cierta preeminencia al hombre, esta situación es provisional y transitoria. Al final de los tiempos, regirá una jerarquía distinta no fundada en los sexos (así como tampoco sobre ninguna otra categoría de las criaturas, sea cual sea), sino tan sólo sobre la santidad de los individuos.

Las relaciones entre el hombre y la mujer eran armónicas en su origen. Representaban casi el «abandono»⁷ voluntario del Hijo de Dios que, en cuanto hombre, se sometía al Padre, con quien, por otra parte, constituía una unidad de Esencia. El amor impulsa a darse uno mismo y a servir, quiere darlo todo al otro y pertenecerle totalmente. No deja lugar a cálculos egoístas ni a mezquinos intereses personales.

Con el pecado original, el hombre se apartó de Dios y se rebeló contra su creación. Todo esto debía provocar necesariamente un trastorno en las relaciones entre los dos sexos. Las consecuencias pueden verse en numerosas culturas y civilizaciones: los hombres humillan a las mujeres y les privan de sus derechos, mientras que éstas se rebelan contra la opresión masculina⁸.

Incluso en el judaísmo tardío, la mujer no es considerada como un ser humano con plenos derechos. Werner Neuer refiere que la mujer, «en sentido religioso, jurídico y moral, se consideraba inferior al hombre y que esta escasa reputación condujo a su opresión religiosa y social»⁹.

La situación de la mujer cambió radicalmente con la venida de Jesucristo. Jesús ha reconciliado a los hombres con Dios y entre ellos. En las relaciones con las mujeres, mostró una gran liberalidad, en contraste con los prejuicios y los convencionalismos de una sociedad

7. Phil 2,7.

8. Cfr. también EDITH STEIN: *Frauenbildung und Frauenberufe*, München 1951, p. 152 s.

9. WENER NEUER: *Mann und Frau in christlicher Sicht*, Giessen 1981, p. 85.

construida por hombres. A diferencia de las personas de su entorno, el Señor aceptó a la mujer como una criatura que tiene el mismo valor que el hombre. Fueron las mujeres quienes le acompañaron fielmente desde el comienzo de su ministerio público hasta su muerte en la cruz; asimismo, serían mujeres —cuyo valor superó al de los apóstoles— los *primeros* testigos de su resurrección¹⁰.

A pesar de esto, en la elección de los Doce que El puso como fundamento de su Iglesia¹¹, Jesús no se dirigió a ninguna mujer, sino tan sólo a hombres; éstos, a su vez, confiaron la guía de la comunidad solamente a otros hombres¹². El orden establecido en la creación fue así restablecido en su justicia: así como el hombre es el cabeza de familia, algunos hombres elegidos por Dios están a la cabeza de la gran familia de la Iglesia. Estas decisiones divinas no deben ser aceptadas como una imposición, sino que deben ser asumidas en libertad, con plena conciencia de la igualdad del valor del hombre y la mujer en la Iglesia. Este sentido tienen las palabras de San Pablo: «No hay ya ni judíos ni griegos, ni esclavos ni libres, ni hombres ni mujeres, porque vosotros sois una sola cosa en Cristo»¹³.

En particular, Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer destaca que: «El hombre y la mujer —complementándose el uno al otro— son considerados con justicia como protagonistas en la historia de la Salvación»¹⁴.

La sumisión espontánea a la Voluntad de Dios es el secreto de la recomposición del orden alterado. Una criatura que lo comprendió perfectamente, y de la que Dios se sirvió de forma especial en los acontecimientos de la Salvación, es María.

Al igual que la vida demuestra cuáles son los abismos de vicio y las aberraciones en los que pueden caer la mujer, así María demuestra hasta qué punto es capaz de elevarse en Cristo y para El¹⁵.

La cuestión que se refiere a la misión de la mujer no se resuelve tanto mirando las cosas desde un punto de vista teológico y filosófico, como mirando a María. En ella, cualquier intento de devaluar a la mujer pierde incluso su última apariencia de razonamiento objetivo.

10. Cfr. Mt 28,9-10.

11. Cfr. Eph 2,20.

12. Cfr. Act. 6,3; 14,23; Tit 1,5 s.; 1 Tim 4,14.

13. Gal 3,28.

14. MONS. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER: *Gesprache*, Köln 1981, n. 14.

15. Cfr. Pío XII: *An die katholischen Frauen der welt* (29.9.1957), Dt. Ausgabe Köln, p. 13.

A la luz que emana de María se ven todos los valores que caracterizan a la mujer: su especial sensibilidad para hacer la vida agradable al hombre, su capacidad contemplativa, su visión de la importancia de la belleza en la vida humana; su capacidad de amar, de consolar y ayudar, de ser solidaria. Por eso es tan importante volver a María, «dada la urgencia actual, como en pocas otras épocas de la historia de la Iglesia»¹⁶. Su maternidad virginal ofrece a la vocación de la mujer el sentido cristiano.

La virginidad perenne de María expresa su condición de esposa del Espíritu Santo y la presencia de su sombra.

Dios actúa en María con gracias extraordinarias. Prueba de ello es la Santidad de María que, según Suárez¹⁷, supera a la de todos los ángeles y santos juntos.

María es requerida por Dios para llevar a cabo plenamente la Redención y María acepta la invitación sin reservas. Su virginidad física expresa y señala esa profunda integridad interior. Los Padres de la Iglesia observan justamente que María habría concebido primero en el espíritu y en el corazón y sólo después en el cuerpo. Toda la fuerza de su espíritu y de su alma es entregada a Dios. No hay división alguna de su corazón: su donación es total.

Con su obediencia, María venció el orgullo de Eva. Por esta razón se la llama también la «nueva» Eva. Scheffczyk destaca que «nuevo» en el pensamiento bíblico no significa «lo que aún no ha sido», lo singular o lo último. La «novedad» de María no significa en absoluto que su imagen se deba trazar a partir de la comprensión de la modernidad. María no se entiende a la luz de lo social y lo político. En la historia sagrada «novedad» significa más bien «lo que es, en contra de lo anterior y superado, *siempre* nuevo; lo que a causa de su plenitud no envejece nunca ni puede agotarse jamás. Es el presente de lo definitivo, de lo supratemporal, lo que por tanto (...) no puede ser pretendido ni reivindicado por una determinada época histórica»¹⁸. Es lo que permanece, lo que todas las generaciones pueden buscar.

María es la mujer «nueva», el ser humano perfecto. En ella puede

16. JOSEPH CARD. RATZINGER: *Zur Lage des Glaubens. Ein Gespräch mit Vittorio Messori*, München-Zürich-Wien 1985, p. 106.

17. Cfr. F. SUÁREZ: *De mysteriis vitae Christi*, Disp. 18, sec. 4, n. 14, en: *Opera omnia*, ed. L. Vives, Paris 1956-61, Tom. 19.

18. LEO SCHEFFCZYK: *Maria — die neue Frau und vollkommene Christin*, en: *Christliche Innerlichkeit*, 18. Jg., Hef 5, Mariazell, Sept./Okt. 1983, p. 213.

comprenderse lo que significa ser verdaderamente cristiano, que no es adherirse a una cierta concepción espiritual del mundo, como sucede en las otras religiones, sino estar en comunión con Cristo; comunión que abarca todo el espíritu y se transfiere a toda la vida psíquica y corporal del hombre. Ser cristiano es el intento de hacerse hombre de Dios en la Iglesia y en sus miembros, como le sucedió a María por vez primera.

La realidad que encarna María es además demasiado revolucionaria y radical para poderla encerrar en un concepto político. La transformación de las cosas humanas que María ha contemplado, y en la que ha colaborado, llega hasta las raíces: conduce a la liberación del pecado, la conversión del corazón y la transformación del hombre interior. Esto no podría nunca, en ningún caso, servir para una reconversión exterior¹⁹.

María acoge íntegramente los designios de Dios y los hace suyos. Su comportamiento es definido, a veces, como «pasivo», con intención denigratoria. Sin embargo, a este respecto hay que observar que virtudes como la entrega, la humildad, la obediencia, la disponibilidad al sacrificio y al servicio, se hacen posibles gracias a una «actividad» espiritual superior que tiene como efecto el dominio de las propias aspiraciones personales.

María no es servil, sino libre y responsable. Por otra parte, a la luz de la fe, la pasividad no es algo meramente negativo como lo era en la filosofía antigua. Por el contrario, es, en cierto modo, el presupuesto de la vida cristiana en general: sólo quien se pone en manos de Dios puede ser acogido por El y recibir su Gracia. Sólo esto puede conducir a la realización suprema del hombre: la *Ancilla Domini* es también la *Regina Coeli*. María es el modelo más perfecto del ser cristiano, la Virgen de las vírgenes. Antes que nada, sin embargo, es madre. En su maternidad Dios ha puesto de manifiesto la dignidad de la mujer.

María ha colaborado a la Redención precisamente como mujer. En cuanto mujer, Ella fue la primera en recibir, custodiar y transmitir la gracia, y en su naturaleza femenina profundizó e interiorizó de forma singular, su propia dedicación a Dios y al hombre. María emprendió el camino del servicio silencioso, humilde y desinteresado. Ayuda a las dificultades, consuelo de los afligidos, Abogada celestial, la Virgen Santísima es el signo de la misericordia divina. Su

19. Cfr. *ibid.*, pp. 221 ss.

naturaleza femenina constituye un importantísimo complemento de la tarea del hombre en la Historia de la Salvación.

María es madre, no sacerdote. Sus cometidos específicos se sitúan en el ámbito de los cuidados maternos y del amor, no en el ámbito de la jerarquía. María no ha estado nunca delante del Hijo o a su lado, sino siempre detrás de El. Incluso después de la muerte de Jesús, María no se puso nunca delante o al lado de los Apóstoles, sino que permaneció siempre detrás de ellos²⁰. Esto porque la madre no encuentra nunca la perfección en sí misma, sino en el Hijo.

La misión de María en la Iglesia se une aquí, de modo más profundo, con la esencia misma de la Iglesia. De hecho también la Iglesia, considerada como madre, es un principio cooperante, pues quien actúa en ella es Cristo.

María representa esencialmente a la humanidad y a la Iglesia que acogen lo sagrado. Su esperanzada acogida del mensaje de Dios es paradigma y ejemplo para todo cristiano, e igualmente para todo hombre. Pero, de forma especial, María, con su actitud fundamental, puede servir de enseñanza para las mujeres.

No hay que buscar la realización de la existencia femenina en una imitación o copia de la masculina. Todo intento en la línea de equiparar la mujer al hombre, distorsiona la naturaleza en lugar de enriquecerla. De hecho estos intentos ignoran el papel específico y la misión peculiar de la mujer. Esta no puede alcanzar su plenitud mediante una convulsiva abolición de todas sus obligaciones, sino sólo mediante la plena asunción del orden de la creación y de su propia naturaleza. En este sentido, María ha indicado el camino.

La maternidad de María tiene un influjo benéfico precisamente ahora, en una época caracterizada por el egoísmo y el despotismo. Hace algunos años Gertrud von Le Font observaba: «No hay nada que exprese de forma más profunda y trágica la condición del mundo actual que la completa ausencia de cualquier sentimiento maternal»²¹

Imitar a María significa renunciar a toda ambición personal, a toda expresividad teatral: no significa ir en busca de uno mismo y de la propia «realización», sino que significa dedicarse a los demás y a menudo ser para ellos el último refugio de paciencia, bondad e indulgencia. La mujer maternal posee la capacidad de saber escuchar y ca-

20. Cfr. MONS. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER: *Der Weg*, Köln 1983, n. 509.

21. GERTRUD VON LE FORT: *Die ewige Frau*, München 1950, p. 128.

llar. Su obra constituye una integración fundamental de la obra del hombre.

La mujer tiene el privilegio de poder pasar por alto a veces una injusticia y una debilidad; tiene el privilegio de conservar y reflexionar. Uno de los errores más trágicos del mundo y una de las razones más profundas de sus inquietudes es el hecho —según la autora citada poco antes— de que los hombres consideran que han de denunciar siempre cualquier equivocación y juzgar y condenar²². La mujer maternal es consciente de que puede facilitar la vida a los demás gracias a sus atenciones y a su comprensión. Ella se convierte en la gran vencedora de la vida cotidiana. Cada día la vence de nuevo, haciéndola soportable. Y triunfa de forma más gloriosa aún cuando esconde a los ojos de los demás su propia victoria.

La promoción auténtica de la mujer exige que se reconozca explícitamente el valor de su actividad materna y familiar. La actividad más propia y específica de la mujer sigue estando en el seno de la familia. No es posible emancipar a marido y mujer, a padres e hijos. Por el contrario, los esposos tienen que concienciarse de la importancia de sus relaciones: relaciones que reflejan la comunión de Cristo con la Iglesia²³.

Esta es la realidad más profunda y rica de significado que se puede mencionar al hablar de la relación entre los esposos. Eso demuestra que el hombre y la mujer han sido creados para ayudarse entre sí, en una subordinación libremente elegida, por amor. Esta subordinación de los propios derechos y ese amor no pretende del otro nada que no dé él mismo con alegría.

Esto significa que solamente si uno y otro están dispuestos a entregarse recíprocamente en un amor sin límites, podrán dar plenitud de significado a su unión. Sólo así, respetando sus papeles recíprocos, conseguirán complementarse mutuamente.

Las madres cristianas se afanan por hacer que sus familias se conviertan, aun hoy día, en un lugar de encuentro con Dios. Ellas siempre han ofrecido, con su labor escondida y desinteresada, un testimonio de fe a todos los sacerdotes y han convertido a sus familias en esas «pequeñas iglesias» de las que el Magisterio habla de tan buen grado²⁴.

22. Cfr. *ibid.*, p. 118.

23. Cfr. Eph 5,22 ss.

24. Cfr. JUAN PABLO II: *Exh. Apost. Familiaris consortio* (22.11.1981), n. 49.

Esto no significa que la mujer tenga que actuar solamente en este ámbito restringido. Aun concediendo a las labores domésticas toda la dignidad que merecen, no hay que pasar por alto la siguiente observación: las capacidades y virtudes espirituales —la intuición y la capacidad para comprender a las personas por un lado y la objetividad y universalidad del pensamiento y de la previsión por el otro— nunca se han repartido de forma absoluta entre los dos sexos. No les han sido asignados con una división neta, sino como tendencias más o menos acentuadas en el seno de un bagaje espiritual común. Ambos sexos están capacitados para desarrollar cualquier actividad espiritual. Las equivalentes obligaciones y responsabilidades del hombre y la mujer justifican plenamente el acceso de la mujer a las funciones públicas.

Por parte del hombre se requiere una auténtica disposición para acoger las capacidades de la mujer. De hecho, estas capacidades no hacen disminuir el valor personal del hombre, sino que potencian el del ser humano en su integridad.

En especial algunas cualidades de la mujer, como el deseo de comunicarse con los demás, la capacidad de suavizar los contrastes, de identificarse con las situaciones ajenas, de ser discreta y oportuna, pueden ser de gran ayuda para hacer que el ambiente de trabajo sea más humano.

También las mujeres solteras pueden alcanzar la propia perfección en unión con María. La Virgen, de hecho, es al mismo tiempo Madre y Virgen. Es cierto que la virginidad no es una condición necesaria de la soltería, pero en todas las épocas ha sido su expresión natural. Hoy día se evita plantear el problema de la virginidad, olvidando que no se trata solamente de un estado, sino que constituye un valor autónomo. Este valor adquiere una connotación religiosa en el caso de que la virginidad haya sido escogida voluntaria y conscientemente por amor a Dios, «por el reino de los cielos»²⁵.

Mientras que el matrimonio es un signo del amor de Dios hacia el ser humano, la mujer virgen representa un testimonio personal de este amor. El «mysterium caritatis» mencionado en relación al matrimonio, irrumpe en su vida de forma directa y le permite alcanzar la realización personal a un nivel más alto que el natural. La mujer virgen vive en relación directa de tú a Tú con Cristo, con una dedicación exclusiva a El.

El magisterio ha subrayado en repetidas ocasiones que la virgini-

25. Mt 19,12.

dad libremente escogida «por el reino de los cielos» supera incluso la dignidad de la maternidad²⁶. El valor de un amor o de una pasión depende *de a quién* amamos y *por quién* experimentamos esta pasión. En el caso de la virgen cristiana, Dios mismo es el fin inmediato que persigue todo nuestro ser.

Nadie puede ganar con sus propias fuerzas la vocación al don total. Sólo Dios puede enviárnosla. Pero toda mujer cristiana —al igual que todo hombre cristiano— ha de estar dispuesta a acoger este don. Y si alguien siente verdaderamente una especial llamada de Dios, ha de tener el valor de abandonar su puesto natural y seguro para abandonarse completamente —como María— a los designios de la Divina providencia.

La mujer virgen configura plásticamente el reconocimiento y la elevación religiosa del valor de la persona humana en su máxima proximidad a Dios. Por tanto es comprensible que la Liturgia coloque a las vírgenes junto a los mártires, ya que también éstas reconocen el valor absoluto del alma con el sacrificio de su vida terrenal.

En la medida en que el hombre se entrega a la adoración de Dios, su personalidad se enriquece y se expande; sin embargo, en proporción al interés que el hombre siente por sí mismo y por su propio valor, se vuelve más pobre, más pequeño y más vacío. Por algo observamos hoy día, cada vez más frecuentemente, depresiones y desmoronamientos psíquicos en mujeres que tienen una conciencia insegura de su propia identidad. Se olvida que sólo se puede superar la angustia a través de una relación con el Dios Persona.

Naturalmente no es fácil hacerse cargo con toda honestidad de la vocación cristiana llevándola a sus consecuencias últimas. Es evidente que esto exige el compromiso total de amar verdaderamente. El sí de María a su propia vocación era un sí al sacrificio del Gólgota. El sí de la mujer cristiana al matrimonio o a la virginidad debe adherirse a este comportamiento de la Virgen Madre de Dios.

Hay varias grandes místicas y maestras de la Iglesia que hablan del amor de Dios con valor poético, desde Ildegarda de Bingen, Brígida de Suecia, Catalina de Siena o Teresa de Avila, hasta Gertrud von Le Fort y Edith Stein. Los hombres tienen mucho que aprender de estas mujeres por lo que respecta al amor hacia Dios y hacia su Igle-

26. Cfr. Conc. Tridn., *De sacramento matrimonii*, Ses. XXIV (11.11.1563), Can. 10, DS 980; Pío XII: *Enc. Sacra virginitas* (1954); JUAN PABLO II: *Familiaris consortio*, n. 16.

sia. De hecho estas mujeres renuevan y refuerzan la adhesión de los hombres al servicio de la Iglesia.

El hecho de que la mujer no pueda recibir el sacramento del Orden ha de considerarse como una tutela de sus deberes específicos; los que consideran dicha realidad como una injusticia hacia la mujer parecen no comprender la importancia que tiene el Ministerio en la Iglesia. Naturalmente no es un derecho del que uno se pueda servir para alcanzar una mayor relevancia social. Si así fuese, sería indudablemente una injusticia excluir a la mujer. El sacerdocio no es una tarea gratificante, ni un privilegio para el que lo recibe, sino que es, por el contrario, un servicio y un sacrificio.

También el sacerdote tiene que aprender de María. Ella, la mujer «de la audacia y de la obediencia»²⁷. Ella, que no era ni sacerdote ni obispo, era ya Iglesia para siempre.

No es casual el que la palabra Iglesia sea femenina. No es el varón, con su voluntad de poder y de trabajar, sino la mujer la que representa a la Iglesia en su esencia.

Si se masculiniza a la mujer, entonces se confunde el significado que debía mostrar. No es una casualidad el hecho de que a la sociedad actual de corte machista le resulte tan difícil comprender el misterio de la Iglesia y entregarse a la Madre de la Iglesia con amor desinteresado.

Pertenecer a Dios y servirle es la vocación de todo cristiano, sacerdote o laico, varón o mujer. Cada uno ha de integrar y cultivar de forma diferente sus propias cualidades personales; pero algunos pueden y deben incluso hacerlas trascender, ya que Dios llama por su nombre y de forma individual a cada uno²⁸.

Cuanto más avanza el cristiano en su camino, más debe parecerse a Cristo, ideal de toda perfección humana. En Cristo desaparece toda parcialidad y defecto humano y las cualidades naturales, peculiares del varón y de la mujer, se unen. Así podemos observar en los varones santos una auténtica bondad y preocupación maternal hacia las almas y en las mujeres santas una fortaleza viril, firmeza y decisión. El desarrollo exterior de las propias dotes, más allá de los límites de la naturaleza, es un efecto de la gracia que Dios concede a aquellos que se someten humildemente a su Voluntad²⁹.

27. JOSEPH CARD. RATZINGER: *Zur Lage des Glaubens, o.c.*, p. 110.

28. Cfr. Die Deutschen Bischöfe: *Zu Fragen der Stellung der Frau in Kirche und Gesellschaft*, Bonn (21.9.1981), p. 14.

29. Cfr. EDITH STEIN: *Frauenbildung und Frauenberufe*, München 1951, p. 171.

En este punto es donde se aquieta la lucha que enfrenta a los dos sexos y comienza el bendito trabajo llevado a cabo en común. En la unión del amor de Cristo, hombre y mujer pueden vivir en paridad de condiciones, con la misma responsabilidad de conducir el mundo hacia un futuro más humano.

